

CONTENIDO

<i>Introducción</i> . Investigar en Humanidades. La edición de la Biblia	11
--	----

Primera parte HISTORIA Y MÉTODO

<i>Introducción</i>	27
1. Unidad y diversidad del texto bíblico	29
2. Historia del texto y metodología crítica	69
3. Los manuscritos bíblicos de Qumrán. Pluralidad de textos y ediciones	133
4. Texto y canon. Historias paralelas	153
5. La edición de la Biblia hebrea y su reflejo en la historia de la Biblia griega y latina	161
6. La función editorial de los <i>vacats</i> en los manuscritos medievales y de Qumrán	181

Segunda parte EL LIBRO DE LOS REYES

<i>Introducción</i> . La historia de reyes, profetas y sacerdotes	229
1. El libro de los Reyes en el canon de «Ley, Profetas y escritos»	233
2. Historia paralela de los textos hebreo y griego	239
3. Los textos hexaplar, <i>kaige</i> y preluiciánico. Los respectivos textos hebreos	259
4. Las versiones antiguas	279
5. Historia del texto e historia de la lengua	297

EL PROCESO DE EDICIÓN DE LA BIBLIA HEBREA Y GRIEGA

6. Intervenciones editoriales	307
7. La edición de Reyes conocida por Crónicas en la época persa	317
8. Las ediciones hebrea y griega comparadas	327
9. La historiografía de Israel y Judá. Modelos y esquemas contrapuestos	401
<i>Conclusión. Texto, traducción e interpretación</i>	<i>437</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>455</i>
<i>Índice de autores citados</i>	<i>465</i>
<i>Índice general</i>	<i>473</i>

Introducción

INVESTIGAR EN HUMANIDADES. LA EDICIÓN DE LA BIBLIA

«¿Siguen escribiendo libros los filósofos?», escuché esta pregunta en una comisión evaluadora de la investigación universitaria en España. Investigar en Ciencias o en Humanidades parece diferenciarse por una cuestión editorial: en Ciencias se publican artículos, en Humanidades se escriben libros. Un hallazgo científico cabe en unas pocas páginas; una investigación en Letras necesita un largo recorrido argumental para probar una hipótesis o una tesis. La investigación en Ciencias es analítica y experimental; explica los fenómenos de la naturaleza asépticamente, con datos objetivos y resultados aplicados en tecnologías que mejoran la vida de los humanos. La investigación en Letras es más sintética que analítica, trata de comprender más que de explicar, de interpretar más que de establecer conclusiones definitivas; nace de la experiencia más que del experimento, necesita conocer y discutir las opiniones a favor o en contra, atiende más a la excepción que a la regla. Las humanidades se rigen por el imperativo socrático «conócete a ti mismo» y el horaciano y también kantiano «atrévete a pensar» o a «saber» (*sapere aude*). El conocimiento de uno mismo parece provenir hoy de la bioquímica del cerebro. El hebreo tiene un mismo término, *lēb*, para designar la «mente» o el hemisferio izquierdo que piensa, conoce, investiga, ensaya, se equivoca o acierta y el «corazón» o el hemisferio derecho que habla y calla, llora y ríe, odia y ama, «todo a su tiempo», como dice el libro del Eclesiastés.

Los libros son la materia prima de la investigación en Letras. La Biblia es el Libro de los libros al que filólogos, historiadores y teólogos han dedicado sus desvelos desde la Antigüedad. Hoy es también objeto de estudio de las ciencias sociales, en particular de la Antropología, la Sociología y la Psicología, desde las más diversas perspectivas culturales e ideológicas. Todo estudio sobre la Biblia opera sobre un texto editado y traducido al idioma del investigador. Hasta ahora prácticamente existía un

único texto de la Biblia, el transmitido durante dos mil años con sorprendente fidelidad como han demostrado los manuscritos del mar Muerto. Sin embargo, estos mismos manuscritos han dado a conocer que antes del cambio de era los libros bíblicos circulaban en diferentes ediciones. La investigación reciente sobre los manuscritos bíblicos y «parabíblicos» hallados en las cuevas de Qumrán ha producido un verdadero cambio de paradigma en los estudios sobre la historia de la Biblia hebrea y griega. Un tratamiento mínimamente integral de los nuevos planteamientos de la investigación exige un desarrollo expositivo que no cabe en artículos sueltos publicados en revistas científicas. Solo un libro, más o menos amplio, puede ofrecer a un tiempo la necesaria visión de conjunto y la multitud de análisis pormenorizados sobre la que tal visión se sustenta.

«¿Tienen los filósofos un método de análisis o dicen lo que se les ocurre?», también escuché en aquella misma comisión evaluadora. Desde Descartes en su *Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias* hasta la obra de Gadamer *Verdad y método*, la filosofía no ha dejado de bregar con la cuestión del método, con la lógica o la duda y la certeza de sus razonamientos y, en definitiva, con la pregunta por la verdad. Lo verdadero parece estar hoy del lado de las Ciencias más que de las Letras, cuya «ciencia» es o era distinguir entre lo verdadero y lo falso, el bien y el mal. La investigación en humanidades involucra al sujeto, al investigador condicionado por sus presupuestos y prejuicios, tanto como por los de su especialidad y de su época. «Las Letras, ya se sabe, se rigen por las modas», escuché decir en el tribunal del premio de investigación científica de la Comunidad de Madrid que hoy lleva el nombre de Margarita Salas, la cual formaba parte entonces de aquel tribunal. Por imperativo de la convocatoria debía estar presente un representante de Letras, sin voto y casi sin voz para dar una mínima respuesta a aquella afirmación. El caso es que las Ciencias no dejan de ser también humanas, sujetas a la ley histórica de los cambios de paradigma (Kuhn) y al principio de indeterminación (Heisenberg) que acompaña a toda intervención humana en la naturaleza.

Ciencias y Letras son por igual hijas del espíritu racional de las primeras universidades, creadas ya en el primer Renacimiento en el siglo XII. Su programa de «Estudios generales» (*Studia generalia*) integraba las siete «vías» del conocimiento: el *trivium* de las Letras —gramática, dialéctica y retórica— y el *cuatrivium* de las Ciencias: la aritmética, la geometría, la astronomía y entre ellas la música. Un «hombre del Renacimiento» como Leonardo da Vinci podía dominar los conocimientos de su época en todos los campos del saber y de las artes. Más tarde el idealismo alemán consagró el divorcio entre las «ciencias del espíritu» (*Geisteswissenschaften*) y las «ciencias de la naturaleza» (*Naturwissenschaften*). Las Letras elaboraron entonces unos métodos histórico-críticos para garantizar

la «objetividad» de sus estudios, con notables éxitos en la reconstrucción de la literatura e historia del mundo antiguo y de la propia Biblia.

El análisis de los manuscritos hallados en las cuevas de Qumrán involucra a Ciencias y Letras. En el año 1947 en el que se hallaron los primeros manuscritos se descubrió también el método de análisis del carbono-14, que hacía posible conocer la fecha de material orgánico antiguo con un margen de error de unos cincuenta años. Por entonces este análisis exigía destruir gran cantidad de material, por lo que hubieron de pasar bastantes años hasta que fue posible aplicarlo en fragmentos de manuscritos como los hallados en Qumrán. Entretanto el estudio paleográfico de cientos de fragmentos realizado por F. M. Cross de la Universidad de Harvard estableció la tipología y la evolución de la escritura de Qumrán a lo largo de los períodos arcaico (250-150 a.C.), asmoneo (150-30 a.C.) y herodiano (30 a.C.-70 d.C.) (*infra*, p. 141). Cuando en 1990 se hubo desarrollado una técnica más sofisticada de análisis del carbono-14, denominada *accelerator mass spectrometry* (AMS), la Autoridad de Antigüedades de Israel encargó el análisis de ocho manuscritos de las cuevas de Qumrán y siete de otras cuevas del mar Muerto. Al año siguiente se celebró en El Escorial un congreso que reunió a los miembros del equipo internacional de edición de los manuscritos. Magen Broshi, representante de la Autoridad de Antigüedades de Israel dio a conocer los resultados de dos análisis independientes. Al concluir su exposición, todos los presentes se dirigieron con un fuerte aplauso hacia F. M. Cross, a quien escuché decir «Lo sabía, pero está bien que la ciencia lo confirme». En numerosas ocasiones he repetido esta anécdota para afianzar la confianza de los estudiantes en los métodos de análisis propios de las Letras y homenajear la ironía y la elegancia de Cross.

La «paleografía digital» realizada mediante algoritmos y técnicas de inteligencia artificial podrá hacer avanzar el estudio futuro de los manuscritos. Un reciente análisis del «gran rollo» del libro de Isaías de la cueva 1 de Qumrán concluye que fue escrito por dos copistas, el primero responsable de las primeras veintisiete columnas y el segundo de las restantes. El propio informe reconoce que la paleografía «tradicional» ya había identificado dos manos en la copia de este manuscrito. El rollo aparece escrito con tinta marrón y caligrafía del período asmoneo correspondiente a los años 125-100 a.C., pero en la columna vigésimo octava es fácil observar dos líneas escritas con tinta negra y caracteres de la posterior época herodiana (30-1 a.C.). Un segundo copista aprovechó una línea en blanco para intercalar el breve poema: «Alégrense el desierto y el yermo / exulte de júbilo la estepa...» (*infra*, p. 184). La paleografía digital confirma un resultado de la paleografía tradicional, tachada de estar basada en «factores subjetivos», pero que logra resultados objetivos más allá de lo alcanzado al menos hasta el momento por

la paleografía digital. Son siete las manos de épocas diferentes que según la paleografía tradicional han dejado alguna huella en el manuscrito. La inserción de glosas es un fenómeno frecuente que caracteriza las diferentes ediciones de los libros bíblicos.

Un proyecto de investigación realizado actualmente en Israel «utiliza la genética para revelar los secretos de los manuscritos del mar Muerto». Cuando hace treinta años comenzaba a hablarse del ADN, escribí lo que por entonces era solo una predicción futurista: «El análisis del ADN de la piel de cabra o de oveja con la que están confeccionados los manuscritos de Qumrán permitirá reconocer qué fragmentos de piel o pergamino corresponden a un mismo animal. De este modo será posible casar unos fragmentos con otros y, en consecuencia, unos textos con otros. Los fragmentos de una misma piel corresponden a un mismo escrito. El estudio del ADN permitirá identificar las posibles cabras y ovejas intrusas o importadas de otras majadas y dilucidar qué manuscritos fueron escritos en Qumrán y cuáles en otros lugares como Jerusalén»¹. El citado estudio concluye que unos fragmentos de manuscritos del libro de Jeremías pertenecen a pergaminos hechos con piel de vaca y otros a los confeccionados con piel de oveja. En el desierto de Judá no era posible la cría de vacuno, por lo que los fragmentos de piel de vaca pertenecen a copias escritas fuera de Qumrán². A diferente piel, diferente texto y diferente época. De nuevo un hallazgo realizado con técnicas científicas confirma conclusiones obtenidas con los métodos «tradicionales», que en este caso han revelado la existencia de dos ediciones del libro de Jeremías, una más antigua y breve transmitida en el manuscrito 4QJer^b y traducida en la versión de los Setenta (LXX, *Septuaginta*) y otra más desarrollada, como la de 4QJer^a y la transmitida hasta hoy en el texto masorético. La existencia de diversas ediciones de los libros bíblicos que circulaban al mismo tiempo en el período helenístico es una de las novedades más significativas aportadas por los manuscritos de Qumrán.

Las denominadas *digital humanities* están llamadas a tener especial incidencia en la edición crítica de los textos de la Biblia. Una edición electrónica puede poner a disposición de los estudiosos todos los instrumentos de trabajo necesarios y todos los testimonios manuscritos digitalizados a partir de los cuales generar una edición crítica con los aparatos críticos correspondientes³. La reciente obra en varios volúmenes *Textual History of the Bible* (2016-2023) pone de relieve la importancia que la

1. Julio Trebolle, «Los descubrimientos de Qumrán, sin ánimo de escándalo», en F. García Martínez y J. Trebolle Barrera, *Los hombres de Qumrán*, Trotta, Madrid, 1993, p. 31.

2. [https://www.cell.com/cell/fulltext/S0092-8674\(20\)30552-3](https://www.cell.com/cell/fulltext/S0092-8674(20)30552-3).

3. Marilyn Lundberg (ed.), *3D. Science, Technology, and Textual Criticism*, Brill, Leiden, 2022.

investigación sobre la historia del texto de la Biblia ha adquirido en los últimos años. Sin embargo, a falta de un consenso entre los estudiosos, esta «historia» resulta ser una obra enciclopédica y de referencia más que una verdadera «secuencia histórica, única y coherente» del desarrollo de los textos bíblicos, desde los más antiguos manuscritos de Qumrán hasta los códices hebreos medievales y la investigación moderna⁴.

El presente libro ensaya justamente una visión del proceso de formación y edición de la Biblia hebrea y griega, con especial referencia al libro de los Reyes caracterizado por su notable diversidad de textos y ediciones⁵. Este proceso, desarrollado a lo largo de varios siglos, responde a dos movimientos de signo opuesto. La creciente helenización del mundo oriental propició la traducción al griego de la Biblia hebrea. Por otra parte, la reacción de al menos una parte del judaísmo en defensa de su identidad lingüística, cultural y religiosa frente a la amenaza de su disolución en la cultura global helenística condujo a abandonar la Biblia griega o a corregir su texto para adecuarlo al hebreo. El primero de estos movimientos es una muestra de la exitosa helenización del Oriente que, según la descripción clásica de inspiración hegeliana propuesta por J. G. Droysen, consistió en un programa de síntesis y fusión (*Verschmelzung*) de las culturas mediterránea y oriental, que impulsó desde un comienzo Alejandro Magno. Pero la helenización puede ser caracterizada más bien como un movimiento generalizado de reacción por parte de unos pueblos reacios a la pérdida de su propia identidad⁶. Por otra parte, la heterogeneidad y disgregación cultural y religiosa del período helenístico englobaba culturas y corrientes muy diversas: dualismo iranio, astrología babilónica, monoteísmo hebreo, movimientos apocalípticos, cultos místicos, gnosticismos varios, etc.⁷. Nuestra cultura occidental es hija no tanto de la cultura griega clásica, vista generalmente como la antítesis de la semítica, sino de aquella cultura y globalización helenística, que abarcaba desde la península ibérica hasta más allá de Persia.

El pluralismo de la época helenística alcanzó también a una Biblia todavía en proceso de formación, cuyos libros circulaban en diferentes edi-

4. Lange, 2016-2017, XIII. El último volumen aparecido se titula *The Textual History of the Bible from the Dead Sea Scrolls to the Biblical Manuscripts of the Vienna Papyrus Collection*, eds. R. A. Clements, R. Fuller, A. Lange y P. D. Mandel, Brill, Leiden, 2023. [Los datos completos correspondientes a las obras citadas de modo abreviado figuran en la bibliografía final (N. del E.)].

5. Se hace referencia indistintamente al libro o a los libros de los Reyes, significando la unidad del conjunto o la división en dos libros, que se impuso en la traducción manuscrita en griego y pasó seguidamente a la hebrea.

6. Johann Gustav Droysen, *Alejandro Magno*, FCE, México D.F., 2011; William N. Tarn, *Hellenistic Civilisation*, Arnold, Londres, 1927; Claire Préaux, *El mundo helenístico*, Labor, Barcelona, 1984, pp. 325-361: «Crítica de la idea de una civilización mixta».

7. Hans Jonas, *La religión gnóstica*, Siruela, Madrid, 2000.

ciones hasta la fijación del texto de la edición masorética, la única que superó el corte histórico que supuso la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. El proceso de unificación del texto bíblico y del mismo judaísmo tras la catástrofe condujo a un proceso de abandono de la Biblia griega o de revisión de su texto para adaptarlo al masorético «autorizado» o *receptus*. El desarrollo paralelo de edición de la Biblia hebrea y de recensión de la Biblia griega se salda con una extraña paradoja: el texto en la lengua original, el hebreo, es más reciente que el texto de la traducción, basado en una edición hebrea más antigua que la masorética. La versión griega del Pentateuco y de los libros históricos y proféticos fue realizada a lo largo de los siglos III y II a.C. Traducía una edición hebrea anterior a la fijada a finales del siglo I d.C. Las historias de la edición, traducción e interpretación discurren en paralelo, de modo que unas y otras se entrecruzan incesantemente, creando un inmenso mosaico de relaciones intertextuales.

Esta historia se hizo todavía más compleja cuando el cristianismo asumió la versión griega «de los Setenta» como «Antiguo Testamento», al que añadió el «Nuevo Testamento», formando así la Biblia cristiana o la Biblia griega que se difundió por el mundo antiguo al ritmo con el que era traducida a las lenguas de pueblos dentro y fuera de las fronteras del Imperio romano. Enseguida se produjo un nuevo movimiento de reflujo y de retorno al texto hebreo que derivó en otra situación paradójica. Las versiones al latín, copto, etíope, armenio y georgiano traducían un texto griego en principio más antiguo que el que nos ha llegado en la tradición manuscrita, que incorpora bastantes elementos tomados del texto hebreo masorético.

La complejidad de la historia de la Biblia conduce a una excesiva compartimentalización de sus numerosas subespecialidades, un mal que aqueja en general a la investigación. La crítica bíblica ha operado a partir de un axioma metodológico que establecía una separación nítida entre la crítica textual que se propone recuperar el texto «original» (*Urtext*) y la crítica literaria cuyo objetivo es reconstruir la historia literaria y las formas originales (*Urform*). Cuando en 1971 iniciaba la preparación de la tesis doctoral en l'École Biblique de Jerusalén, apareció el libro de Wolfgang Richter sobre teoría literaria y metodología exegética, muy representativo de la crítica literaria alemana (*Literarkritik*). En cuatro líneas declaraba que la crítica textual es una disciplina filológica que no forma parte de la teoría y metodología del estudio literario e interpretativo que el autor desarrolla sistemáticamente a lo largo de su libro⁸. Richter analiza con todo detalle el texto hebreo del primer capítulo de 1 Reyes, el mismo que Alfred Rahlfs había desmenuzado en su estudio sobre el texto griego antioqueno. Hoy llama la atención que a

8. Richter, 1971, 22.

lo largo del libro Richter no mencione variante textual alguna, pero sorprende sobre todo que el nombre de Rahlfs y la referencia a su edición de la versión griega no aparezcan ni en la bibliografía ni en el índice de autores citados. Tras imbuirme de la férrea metodología desarrollada por Richter inicié el estudio de los relatos sobre la división del reino de Salomón, tema de mi futura tesis doctoral. Muy pronto me encontré frente a la «versión alternativa» de tales relatos en la versión griega, cuya simple existencia no entraba en los esquemas de la historia del texto y de la metodología exegética expuesta por Richter y generalizada en aquellos años. Por entonces las mismas autoridades de los estudios sobre la versión griega, J. Wevers y Gooding en particular, explicaban las variantes de LXX como interpretaciones targúmicas o midrásicas, de modo que venían a ser los máximos defensores del texto masorético como el único existente antes y después de su traducción al griego.

Para encontrar una salida al punto muerto provocado por el dilema de tener que optar por el texto hebreo o el griego, comencé a indagar en los «informes preliminares» sobre los primeros manuscritos bíblicos hallados en la cueva 4 de Qumrán, los publicados por F. M. Cross sobre el manuscrito de Samuel 4QSam^a y P. Skehan sobre el de Deuteronomio 4QDeut^a. Más reveladora fue, si cabe, la monografía pionera de D. Barthélemy *Les Devanciers d'Aquila* (1963). Qumrán abría la posibilidad de una investigación fundada en la existencia de una pluralidad de textos y, en consecuencia, de la existencia de un original hebreo de la versión griega diferente del texto masorético. Inicié entonces el estudio comparativo de ambos textos que desembocó en el libro *Salomón y Jeroboán. Historia de la recensión y redacción de 1 Reyes 2-12; 14* (1980). Seguidamente amplié la investigación a pasajes del segundo libro de los Reyes en el que el texto griego antioqueno conserva el de la versión griega (*Old Greek*, OG), frente al texto mayoritario que sigue al de la recensión *kaige* y en definitiva al texto masorético. De este planteamiento surgió un nuevo libro, *Jehú y Joás. Texto y composición literaria de 2 Reyes 9-11* (1984). Los subtítulos de ambos libros indican que el estudio de la historia del texto es previo y en todo caso necesario para el estudio de la historia del antiguo Israel, en concreto, de los reinados de Salomón y Jeroboán como también de Jehú y Joás. Por otra parte, el término «redacción», omnipresente en la crítica literaria de las décadas pasadas, dejaba paso al término «composición», significando que el proceso de reedición de los libros bíblicos es tanto o más una cuestión de composición —de integración y ordenamiento de nuevos materiales— que de redacción o redacciones deuteronomísticas.

En los años setenta se disponía ya de la información básica sobre la existencia de una pluralidad de textos bíblicos en la época de Qumrán, pero esta información no alcanzaba todavía más allá del reducido grupo de especialistas en Qumrán o, más bien, no calaba entre exegetas y

comentaristas reacios a reconocer la existencia de textos que pudieran poner en cuestión los presupuestos de su trabajo. Por otra parte, hasta los años noventa no se disponía apenas de información sobre los textos «parabíblicos», las «reescrituras» de libros bíblicos y los diferentes manuscritos de obras conocidas hasta entonces en un único texto como, por ejemplo, la *Regla de la Comunidad*. Solo en las dos últimas décadas se ha comenzado a tomar conciencia de la pluralidad de formas textuales en las que circulaban tanto los libros bíblicos como los no bíblicos, hasta el punto de que esta división de libros se ha vuelto borrosa en la investigación actual. Unos y otros tuvieron un proceso continuado de reedición o de reescritura en formas textuales que varían sobre todo por la incorporación y diferente ordenación de nuevos materiales.

La historia del texto bíblico es la de un proceso de marginación de textos antiguos por otros nuevos. El texto «hebreo antiguo» (*Old Hebrew*) traducido en la versión griega fue progresivamente marginado por el de la edición masorética. Igualmente, el texto «griego antiguo» de LXX (*Old Greek*) fue revisado progresivamente con el fin de adaptarlo al hebreo masorético que había adquirido el estatuto de texto autorizado. Seguidamente, el texto «antiguo» de las versiones filiales de LXX fue revisado para adecuarlo al de la recensión griega hexaplar, la fase más reciente en la historia del texto griego.

Este proceso de editar, reeditar y revisar la Biblia hebrea y la griega determina un proceder metodológico que consiste en rehacer retrospectivamente el modo en el que los textos antiguos fueron desplazados, o corregidos, por otros nuevos. Toda investigación parte de lo conocido y atestiguado por las fuentes disponibles y se propone reconstruir etapas anteriores carentes de testimonios directos. Este libro quiere mostrar cómo las versiones y recensiones de una época tardía y generalmente subestimada contribuyen a recuperar formas antiguas del texto griego y por consiguiente del hebreo. Ello se refiere sobre todo a la *Vetus latina* (VL) y su contribución para la recuperación de los textos antiguos griego y hebreo, conforme a lo expresado en el título del artículo «From the Old Latin through the Old Greek to the Old Hebrew» (1984). Asimismo, los añadidos hexaplares al texto griego corresponden en principio a glosas o a interpolaciones introducidas anteriormente en la edición hebrea masorética. Constituyen un dato empírico del desarrollo textual (*the textual growth*) de los libros bíblicos que la crítica no suele tener en cuenta. Por otra parte, los *vacats* o espacios en blanco de los manuscritos de Qumrán y los intervalos de los manuscritos hebreos medievales señalan con frecuencia puntos en los que se ha producido un añadido o una trasposición en el hebreo, y es que las variantes textuales se acumulan justamente en los puntos de fricción entre las piezas que componen las diferentes ediciones de un libro.